

Lola Núñez

**EL ENIGMA
DEL VIAJERO**

Ilustraciones de interior:

TATÍO VIANA

La Esfera  Kids

ÍNDICE

Capítulo 1.	El enigma del viajero	11
Capítulo 2.	Un cofre diabólico	23
Capítulo 3.	El camarote secreto	35
Capítulo 4.	Rumbo al infierno	47
Capítulo 5.	El panteón oculto	59
Capítulo 6.	¡No despertéis al pirata!	71
Capítulo 7.	El laberinto de los espectros	83
Capítulo 8.	El oscuro galeón	97
Capítulo 9.	La bandera de las sombras	109
Capítulo 10.	No sueñes	123
Capítulo 11.	Una leyenda que resucita	135

Capítulo 1

EL ENIGMA DEL VIAJERO

Mairén sujetó a su primo por la muñeca.
—¡Agáchate! —susurró mientras tiraba de él hacia abajo.

Fabri se metió debajo de la mesa, junto a ella. La puerta de cristal que daba al jardín se abrió. Un hombre y una mujer vestidos de negro entraron con sigilo en la biblioteca.

Los dos niños estaban bien escondidos. Los extraños no podían verlos porque apenas había luz y solo el suave brillo del atardecer entraba del exterior.

La mujer empezó a rebuscar entre los libros. Cogía un volumen de una estantería, lo hojeaba y volvía a colocarlo en su lugar. Y así una y otra vez.

El hombre se fijó en una gran mesa al fondo de la biblioteca, donde se amontonaban viejas cartas de navega-

ción, mapas, planos, dibujos e infinidad de papeles antiguos. Se acercó y empezó a revolverlo todo sin ningún cuidado. Un papel cayó al suelo. Por suerte, el intruso no se dio cuenta.

Fabri y Mairén aguantaron la respiración.

El hombre protestó:

—Ni siquiera sabemos lo que estamos buscando.

—Buscamos cualquier pista que nos ayude a descubrir *el enigma del viajero* —respondió la mujer con una desagradable voz chillona.

Se oyeron unos pasos que se aproximaban por el pasillo. La mujer se quedó quieta y, luego, ordenó:

—¡Vámonos, volveremos esta noche! —dijo mientras se precipitaba hacia la puerta del jardín.

El hombre la siguió y los pasos del corredor se alejaron.

Los dos primos se mantuvieron en su escondite hasta estar seguros de que los intrusos se habían marchado. Salieron temblorosos y corrieron a recoger el papel que estaba en el suelo. Era muy antiguo y estaba amarillento.

Mairén lo desdobló con cuidado. Luego, se lo mostró a su primo y dijo decepcionada:

—Hay un montón de letras escritas que no quieren decir nada.



Fabri estaba muy alterado y apenas miró la misteriosa hoja.

—Vamos ahora mismo a contar al abuelo lo que ha pasado —propuso.

A Mairén le encantaban los misterios y suplicó a su primo:

—Espera, por favor. Vamos a investigar un poco por nuestra cuenta.

—Vale, pero se lo contaremos cuanto antes —sentenció el niño mientras cerraba la puerta del jardín. Sentía escalofríos solo de pensar que los malhechores pudieran aparecer de nuevo por ella.

La niña encendió la lámpara que había sobre la mesa y extendió el papel. Los dos lo observaron con atención unos instantes; luego, Fabri comentó:

—No parece ningún idioma extranjero. Quizás sea un mensaje en clave.

—A lo mejor, hay que ordenar las letras para formar palabras —reflexionó ella.

—No lo creo —observó el niño—, apenas hay vocales. Con estas letras, no podríamos formar ni una palabra sensata.

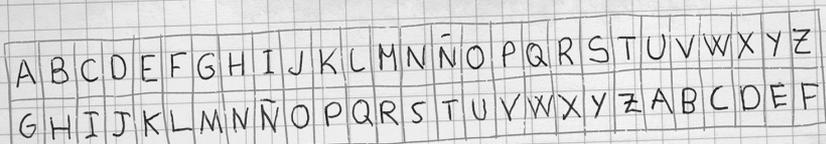
Mairén se quedó callada unos momentos y, luego, continuó:

—Las dos letras que hay abajo pueden ser la solución. Imagina que donde haya una A, hubiera que poner una G.

—¿Y luego qué? —interrogó Fabri que no estaba nada convencido.

—¡Vamos a probar! —dijo la niña muy decidida.

Mairén escribió el abecedario en el papel. Luego, debajo, escribió el mismo abecedario, pero empezando por la letra G.



A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F

Fabri cogió un cuaderno y un lápiz y empezó a trasladar, letra a letra, las que había en el mensaje:

—Donde hay una P, pongo una V; donde hay una Y pongo una E...

Instantes después, el niño levantó el cuaderno y gritó:

—Mira lo que he encontrado: *Veinte mil leguas de viaje submarino. Página veintisiete.*

—¡Ahora sí deberíamos ir a buscar al abuelo! —dijo Mairén dirigiéndose a la puerta.

Lo encontraron en el salón, sentado en una butaca y leyendo un libro. Al oírlos, levantó la vista y sonrió.

—Tenemos que contarte una cosa —dijo Fabri muy nervioso.

—¿Qué os pasa? —preguntó el hombre preocupado, al verlos tan alterados.

Entre los dos explicaron atropelladamente lo que había ocurrido poco antes: la entrada de los extraños en la biblioteca; la conversación sobre el enigma del viajero, el hallazgo del papel y el anuncio de los intrusos de que volverían por la noche.

La niña mostró la hoja y concluyó:

—Esto estaba entre los papeles esos tan viejos que hay sobre la mesa. Contiene un mensaje en clave y nosotros lo hemos descifrado. El resultado es: *Veinte mil leguas de viaje submarino. Página veintisiete.*

El abuelo se quedó boquiabierto. Fabri no le dio tiempo a reaccionar y preguntó:

—¿Qué sabes tú del enigma del viajero, abuelo?

El hombre sonrió y, a continuación, empezó a hablar:

—Os voy a contar una historia sorprendente. Hace más de cien años, había un pirata llamado Sabinal. Nunca hizo daño a nadie porque tenía un código de honor muy estricto. Era un hombre inteligente y consiguió grandes riquezas. Cuando envejeció y decidió retirarse, construyó esta casa, que llamó *El Cormorán*, cambió su apellido por Albanís y vino a vivir aquí.

Los niños dieron un respingo y gritaron a coro:

—¡Ese es nuestro apellido!

—Claro, porque él era vuestro tatarabuelo —aclaró el hombre sonriendo al ver las caras de sorpresa de sus nietos.

—¿Un pirata? —preguntaron sin poder creerlo.

El abuelo continuó su relato:

—Las gentes del pueblo lo llamaban *el viajero* y contaban infinidad de historias sobre un tesoro que tenía muy bien guardado. Se decía que, si alguien quería conseguirlo, tenía que desvelar un enigma, *el enigma del viajero*.

El hombre prosiguió:

—Antes de morir, mi abuelo me entregó ese montón de antiguos papeles que guardo en la biblioteca y un llavero con algunas pequeñas llaves de latón. No me dio muchas explicaciones, solo me dijo: «Un gran descubrimiento te sorprenderá. Es algo que nadie espera encontrar. Solo tienes que seguir las pistas y hallarlo», pero yo nunca hice mucho caso de esa historia.

De repente, el abuelo dio un respingo y exclamó con preocupación:

—¡Se me había olvidado que los intrusos dijeron que volverían!

—Sí, esta noche —confirmó el niño.

El hombre cogió el teléfono y llamó a la policía. Cuando colgó, miró a sus nietos con gesto disgustado.

—¿Vendrán pronto los policías? —quiso saber Fabri.

—No estaba el comisario Luján, y el policía que me ha atendido ha dicho que ellos no se ocupan de misterios de novela barata.

—¡Qué antipático! —masculló la niña apretando los puños.

El hombre se dirigió a la biblioteca y los niños lo siguieron. Una vez allí, tomó de una estantería un precioso libro de cubiertas de cuero y explicó en voz baja:

—*Veinte mil leguas de viaje submarino* era uno de los libros favoritos de mi abuelo. Vamos a ver si guarda algún secreto.

Lo abrió por la página veintisiete y encontró que había un montón de letras rodeadas.

—Cópialas en orden —indicó el abuelo a Fabri.

Mairén saltó como un resorte:

—Descifraremos este mensaje igual que hicimos antes.

La niña fue sustituyendo letra por letra. Poco después, habían hallado otro título y otra página: *De la Tierra a la Luna. Página ciento cinco.*

El abuelo dejó el primer libro sobre la mesa y buscó el segundo. Lo extrajo y empezó a hojearlo. En la página ciento cinco había también letras marcadas que formaban un nuevo mensaje: *Viaje al centro de la tierra. Página doscientos treinta y nueve.* Y, de nuevo, encontraron letras marcadas que los condujeron a otro título:

—¡*La vuelta al mundo en ochenta días!* —gritaron los niños al unísono.

Y Mairén comentó:

—Todos son libros de Julio Verne, qué casualidad. Pero, en este último, no hay ninguna página indicada.

El abuelo se encogió de hombros y extrajo el libro de la estantería. Al instante, se escuchó un crujido fantasmal. Una parte del mueble giró, dejando al descubierto una pequeña estancia.

Se asomaron con precaución y vieron un enorme cofre. Fabri gritó con entusiasmo:

—¡Seguro que es el tesoro!

Sobre la tapa del cofre, había pintada una bandera. Tenía el fondo dorado y, sobre él, dos sombras, como dos combatientes que parecían enfrentarse.

—¡Qué bandera tan rara! —comentó Mairén.

El abuelo se acercó al cofre e intentó abrirlo, pero estaba cerrado y no se veía que tuviera una cerradura en ninguna parte.

Unos ruidos junto a la puerta del jardín les pusieron sobre aviso:

—¡Los ladrones han vuelto! —balbuceó Mairén temerosa.

—¡Escondeos! —ordenó el abuelo mientras devolvía los cuatro libros a la estantería.

Los niños se ocultaron debajo de la mesa, como habían hecho horas antes. Y contuvieron la respiración esperando que, al colocar los libros, la estantería se cerrara. Pero no fue así.

El abuelo pensó a toda velocidad e intercambió las posiciones de dos libros. Y, ahora, el mueble sí se cerró, dejándole el tiempo justo para ocultarse en un rincón oscuro antes de que una sombra forzara la puerta y entrara en la biblioteca.

Al instante, un destello azul inundó la sala y una voz ordenó: «Habla la policía. Salga con las manos en alto».

El intruso miró a todas partes desconcertado. Luego, echó a correr hacia el pasillo. Mairén reaccionó en una décima de segundo y empujó una silla hacia él. El extraño tropezó con ella y cayó al suelo todo lo largo que era.

El abuelo salió de su escondite al mismo tiempo que dos policías entraban e inmovilizaban al hombre. Detrás de ellos, apareció el comisario Luján.

—¡Vaya, vaya, otra vez nos vemos, amigo Efrén! —dijo el comisario a modo de saludo.

—Pensé que no iban a venir —replicó el abuelo algo confuso.

—Sé que no le hicieron caso cuando nos avisó, pero yo estaba seguro de que algo grave ocurría, así que decidí acudir. ¿Sabe usted qué hacía este individuo en su casa?

—No tengo ni idea, comisario —dijo el abuelo Efrén.

—Quizás quería descubrir el enigma del viajero —bromeó el comisario, que también conocía la historia del tesoro.

—Es posible —concluyó el abuelo disimulando.

El comisario anunció:

—Voy a interrogarlo, a ver qué podemos averiguar.

Los policías buscaron pistas e hicieron preguntas al abuelo y a los niños. Pero ninguno dijo nada sobre el mensaje secreto ni del hueco tras la estantería.

Los agentes se marcharon pasada la medianoche. Al verlos alejarse, Mairén preguntó con inquietud:

—¿Qué habrá sido de la mujer que vimos esta tarde?

—Quizás haya escapado —reflexionó el abuelo—. Debemos andar con cuidado.

Los tres se quedaron pensativos.

Mientras tanto, una sombra se deslizó por la fachada de la casa y, luego, se perdió entre los árboles.

«Nos veremos pronto», se oyó murmurar a lo lejos, en la arboleda.